

EL BAILE DE PETER PAN

Aquella tarde siguió resonando durante muchas noches porque aquella era una tarde de julio de 1972, porque yo tenía nueve años, porque era la boda de mi hermana mayor y porque mi padre, guapísimo con su traje gris y su corbata color vino, se acercó a mí y me sacó a bailar en el centro de la pista. "Pero papá yo no sé bailar", le dije. "Pon tus pies encima de los míos y yo te llevaré", me contestó sonriendo. "Pero, papá, te mancharé tus zapatos nuevos" y entonces, él me descalzó y puso mis sandalias sobre una silla. Bailamos dando vueltas y más vueltas y yo sentía en las plantas de los pies el tacto suave y fresco de sus zapatos nuevos de padrino de boda.

Aquella tarde resonó sí, durante muchas noches en las que yo, a modo de oración, repetía y repetía como un mantra: "que no me crezcan los pies, que no me crezcan los pies...". Aún resuena en mi memoria aquella tarde, el recuerdo de una niña que deseó no crecer nunca para poder seguir, toda la vida, bailando con su padre.